

El balancín, la piedra filosofal¹

Michel Serres²

Hablar de oro

Prometo ofreceros al final, y como agradecimiento por haberme leído, la piedra filosofal que transmuta todo lo que toca y que he descubierto el año pasado con ocasión de la celebración de mis bodas de oro. ¿Qué valdría un filósofo que, poseyéndola, no la diera por nada? Pero ante todo ¿cómo encontrarla? Reflexionando para ello sobre el intercambio y el don gratuito.

Gracias por haberme invitado a escribir, en *l'Herne*, sobre esta bendita piedra. En lengua francesa, cuando decimos *merci* olvidamos frecuentemente el sentido latino de *merces*, salario, precio, recompensa, término mercante que retoma el oficio de *mercería*. El español y el italiano *gracias* o *grazie*, nombran más directamente la gratuidad, forma límite del intercambio. Mejor aún: el griego *efkaristo poli* expresa, literalmente, más aún que la gracia, la caridad; la forma antigua de esa lengua llamaba Caridades a las Tres Gracias. El *obrigado* portugués significa: heme aquí de ahora en adelante obligado contigo, ligado a ti por una deuda. He dicho que la reembolsaré en oro. Menos precisas en este punto, las lenguas germánicas y escandinavas sólo agradecen, *thank*, *tag* o *danke*, asegurándole al donador que el que recibe piensa en él (*think*).

En cuanto a invitación, de origen oscuro, no sabemos si es necesario referirla al *invitus* latino: que actúa contra su parecer, o al contrario, a *vitus*: que lo hace con agrado, los dos provenientes de *vis*, voluntad, términos que hay que acercar a *envidiar* o a la expresión *a porfía*. Este conjunto semántico evoca el doble sentido del “huésped” y del regalo envenenado, bifurcación ordinaria en el intercambio donde el don y la deuda exponen a los que se implican al placer o al peligro.

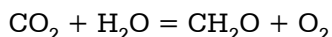
¹ François L'Yvonnet (dir.) et Christiane Frémont (dir.), Michel Serres, Paris, L'Herne, coll. «Cahiers de l'Herne», 2010. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu Castaño, Medellín, diciembre 13 de 2014.

² Filósofo francés nacido en Agen en 1930. En 1968 obtuvo su doctorado con una tesis sobre la filosofía de Leibniz, antes había estudiado matemáticas, filosofía y letras, además de oficial naval entre 1955 y 1958. Ha sido profesor de las universidades Clermont-Ferrand, Vincennes, Sorbona y Stanford. En 1990 fue distinguido como miembro de la Academia Francesa por su trayectoria intelectual. Entre sus publicaciones traducidas al español figuran: El contrato natural (1991); El paso del noroeste. Hermes V (1991); Historia de las ciencias. Caudales y turbulencias (1991); El nacimiento de la física en un texto de Lucrecio (1994); Atlas (1995); La comunicación. Hermes I (1996); Los orígenes de la geometría (1996); La interferencia. Hermes II (2000); Los cinco sentidos. Ciencia, poesía y filosofía del cuerpo (2002) y ¿En el amor somos como bestias? (2005).

Supongo conocida la inmensa literatura sobre el intercambio que hace resonar juntas la historia, la sociología, la economía, la antropología, la teología, la ética, la lingüística y la lógica, en suma: las ciencias humanas o sociales casi por completo. Lejos de repetirla, yo voy a explorar sus exteriores; dicho de otra forma: trataré de decir lo que ella no dice.

Primer ejemplo de intercambio

Pero ante todo, invitar significa: convidar a alguien a su mesa. ¿Qué comen, a porfía, huésped, invitado o parásito? Azúcar. Veamos cómo:



En presencia de agua, el gas carbónico produce –osos, por ejemplo la celulosa de los troncos de árbol, azúcar incomible por nosotros, y el oxígeno de la atmósfera; inversamente, nosotros comemos otros azúcares y respiramos expulsando gas carbónico. Dos intercambios, el uno local, el otro global, corren en suma hacia un equilibrio.

Pasando de izquierda a derecha, dos átomos permiten la fotosíntesis de las bacterias o de las plantas y, en el otro sentido, la respiración de los animales. ¿Qué es la vida? Un intercambio de átomos. Oparin y Haldane (1924) se apoyaban en esta reacción y en otras, más completas, para suponer un origen probable de los vivientes. Aunque algo hemos avanzado en este asunto, todavía sabemos poco. Pero al menos tenemos que este intercambio local lanza el motor de funcionamiento de la biosfera.

Para maravillarse todo eso va a permanecer en equilibrio en tanto que la reacción va, globalmente, en los dos sentidos; quiero decir, en tanto que los autótrofos, bacterias, algas y plantas, se nutren de luz y de gas carbónico, y emiten el oxígeno que asegura la respiración de los heterótrofos que, de rebote, emiten el gas carbónico que hace posible la fotosíntesis de los primeros. Tenemos aquí el ciclo fundamental de la vida: animales y vegetales equilibran sus necesidades en un intercambio sin el que algunas especies se ahogarían, mientras que otras se debilitarían.

Una parte de los resultados que proponen las teorías que supongo conocidas a propósito del intercambio y del equilibrio, se encuentra pues ya acá en el planeta, hace muchas centenas de millones de años, *sin nosotros*. Este funcionamiento condiciona la vida. Si la economía es una palabra bien formada, entonces la ecología también. ¿La segunda condiciona a la otra? Comenzamos a sospecharlo.

Mejor aún, estoy feliz de comprender que operaciones que suponemos caracterizan los vínculos de las sociedades humanas se expanden en el universo y sostienen al mundo vivo en su conjunto. Ya sabíamos que no éramos los únicos

en codificar, escribir o leer; las moléculas y los átomos intercambian así como nosotros.

Segundo ejemplo de intercambio

Acabo de hablar de uno de los motores de la biosfera. ¿Cómo funciona un motor? Por un intercambio de calor entre una fuente caliente y una fuente fría, siguiendo el principio de Carnot. Esta transferencia produce el movimiento. El primer principio de la termodinámica enuncia una constante de energía, reguladora del equilibrio y que permite pues la racionalidad de las ecuaciones.

En los años 1970, un pariente próximo del algebrista André Lichnerowicz propuso modelizar la teoría económica por medio de la termodinámica. Pero ¿había Sadi-Carnot inventado ese famoso ciclo de las máquinas de fuego aplicándole, sin duda sin quererlo, a la física los modelos del intercambio económico? ¿Quién decidirá entre las dos hipótesis?

¿Mantiene la economía alguna relación con la termodinámica y la ecología? ¿Intercambio entre sistema de intercambio? No se trata de un simple juego de palabras.

Universalidad del intercambio

El intercambio no se restringe pues a las relaciones humanas. Con mucha frecuencia descrito en términos sociales, económicos o ceremoniales, se lo puede pensar también en su generalidad. Sin circulación de bienes, de monedas, de palabras, de mujeres, de saberes o de símbolos, ciertamente que no existiría el colectivo; pero igualmente, no existiría la vida sin transferencias de energía y de información, tampoco el universo inerte. Que yo sepa, los segundos, duros, preceden y hacen posibles a los primeros, blandos.

Esto rebasa ampliamente las reacciones bioquímicas elementales. Desde los primeros monocelulares, los vivientes intercambian alimento y signos, energía suave y dura, ya sea dentro de sus constituyentes, ya sea a través del límite, membrana, piel o concha que los encierra, los define y los protege; acá estamos hablando de su metabolismo. Claude Bernard hablaba ya del equilibrio del medio interior. Los intercambios bioquímicos implicados por un monocelular o por el gusano *cenorhabitis elegans*, el más pequeño de los metazoarios conocidos, forman ya una serie gigantesca de equilibrios y de desvíos en bucles, hasta la estabilidad final de la muerte.

Además, algunos vivientes intercambian células con otros vivientes, y así se reproducen. Si la vida requiere metabolismo y reproducción, entonces onto- y filogénesis pueden definirse como dos sistemas complejos de intercambio.

En un comienzo, ¿cómo definir las reacciones de la química orgánica e incluso mineral? Otro ejemplo: dos moléculas de alcohol y de ácido intercambian átomos, y producen ésteres y agua, en la reacción de equilibrio que da cuenta del envejecimiento de los grandes vinos. En *las Afinidades electivas*, Goethe se apoya en este modelo químico para describir intercambios amorosos. Como la lengua invita acá, él usa el término afinidad en el doble sentido erótico y material.

Finalmente los átomos intercambian partículas en las estrellas, las pilas y las bombas nucleares; el propio Big Bang no hubiera tenido lugar sin este tipo de proceso.

La mecánica general de los sistemas, para el equilibrio y el movimiento, la termodinámica para su producción, la astrofísica, la geofísica, la climatología... para el mundo y el universo... la química y la bioquímica para los vivientes... todas las ciencias, según mi conocimiento, describen intercambios. Y por esto en particular, sus leyes se escriben en forma de ecuaciones. La racionalidad se fundamenta en constantes que permiten ciertos equilibrios, por tanto la escritura de ecuaciones, la exactitud del cálculo y el enunciado de leyes.

Finalmente, si queremos avanzar aún en ciencias más recientes, deberíamos evocar la interacción *electro-magnética*, descrita generalmente bajo la forma de un intercambio de fotones; la *cromodinámica cuántica* cuya teoría describe la interacción nuclear fuerte bajo la forma de un intercambio de gluones entre quarks; y la *teoría electrodébil* que le propone a la primera y a la interacción débil, responsable de la radioactividad β , un marco común, por intercambio de partículas llamadas bosones intermediarios.

Veamos el balance: a la escala gigantesca del universo y del mundo, luego a la ordinaria de las fuerzas y energías, pero también a niveles molecular, atómico y en fin particular, las ciencias duras contabilizan múltiples intercambios, tanto para lo inerte como para lo vivo.

¿Descubre este panorama alguna relación con las conductas sociales mencionadas? No lo sé, pero en este caso, operaciones análogos se hunden, de estrato en estrato, en las profundidades de la constitución de todas las cosas existentes, sin excepción.

La relación precede la existencia

Estos procesos no aseguran pues solamente la cohesión de un grupo social, o la equidad de las conductas humanas, sino la existencia misma y la evolución en el tiempo de todo lo que existe. Según la sociología o la filosofía, para no mencionar la lógica y la lingüística, ellos conectan los colectivos humanos; ciertamente, pero también claramente el estado de cosas mismas. La racionalidad de las ciencias duras les debe su exactitud. No podemos pretender intercambiar

solos. Vamos diciendo comúnmente: los sujetos intercambian objetos, bienes o símbolos. Seguro que es cierto, pero antes incluso de que esta circulación se haya puesto en su sitio y en funcionamiento, los sujetos no vivirían ni los objetos existirían sin intercambio.

Antaño, *el Parásito* me permite atravesar *el Paso del noroeste*, que separa precisamente las ciencias duras de las humanas, y lo pudo hacer porque él constituye un ejemplo triple, físico, vital y humano, del intercambio desequilibrado. Aquí, lo que hago es generalizar este resultado local y transversal. Marcel Mauss lo que había hecho era descubrir la generalidad humana, restringida; de ahora en adelante se extiende al universo, sometido a ese principio de que la relación precede la existencia.

Tercer ejemplo de intercambio

En particular ¿saca el Amor todo de la nada? ¿De qué relación habla usted aquí? La reproducción sexual no conoce ni equilibrio ni equidad, pues el Macho hace pesar sobre la Hembra la carga de desarrollar una parte de su genoma; se conduce pues como un Parásito con respecto a una Hospedadora.

El estatuto excepcional del útero en materia inmunitaria confirma este rol; abierto de alguna manera, este órgano se defiende menos que los otros de la llegada de un extraño. Si en efecto se inmunizase, como lo hace cualquier otro tejido u órgano del mismo cuerpo, mataría inmediatamente toda célula que lo penetrara; esto haría imposible la reproducción sexual. Todas las partes del organismo se defienden pues de cualquier otro cuerpo, excepto la matriz, apacible. Todos los vivientes hacen la guerra, sólo ella hace el amor.

Que la lengua francesa conserve dos sentidos para huésped –el que invita y el invitado– pero uno solo para hospedadora –la que recibe (y excluya el otro sentido)–, es algo que la biología le da la razón a este uso semántico propio de los actos parásitos. En términos de reproducción o de filogénesis, este amor sigue siendo asimétrico.

Hay que volver a pensar la relación.

Génesis del intercambio

Supongamos pues una relación. He utilizado cualquiera de tres palabras equivalentes: ¿supone el intercambio el equilibrio? ¿Por medio de él, conducen nuestras conductas a la equidad, en derecho, justicia o moral? Para la racionalidad ¿se lo puede pensar o evaluar por medio de ecuaciones? Estos nuevos deslizamientos semánticos dibujan, en todo caso, un esquema simétrico en el que, por un astil, plano o inclinado, transitan entre participantes las cosas intercambiadas; la

estática y la contabilidad lo llaman un balance, otra palabra para la balanza; y la dinámica sabe generalizarla en una red metaestable de circulaciones.

El astil de esta balanza elemental de doble flecha, izquierda y derecha, que puede volverse complicado como esa red, evalúa equilibrios o alejamientos, comprobantes o deudas, ecuaciones, equidad.

Existen muchos casos de desequilibrio, positivos o negativos, entonces considerados como rupturas de simetría o de iniquidad, donde la doble flecha se reduce a una simple flecha, elemental, toda de un lado, en suma: asimétrica.

En el don, por ejemplo, alguien le cede un bien, y el otro disfruta de él sin contrapartida, al menos aparente. Inversamente, y como en el robo, don Juan se alza con algo, o con una mujer, sin contrapartida. El uno da todo y el otro no ofrece nada. Acabamos de encontrar esta disimetría “hospedera” en el intercambio sexual de la reproducción. El macho seduce.

Clasifiquemos ahora seis tipos de intercambio entre vivos, y dibujemos sus balanzas: en la **competencia**, cada uno pierde, los dos platos de la balanza llevan el signo menos; en la **explotación**, el **parasitismo** y la **predación**, el uno pierde y el otro gana, un plato lleva el signo menos y el otro el signo más; para el **comensalismo**, el uno gana, el otro ni pierde ni gana, más sobre un plato, cero en el otro; el **neutralismo** hace que los dos no pierdan ni ganen, cero y cero; y la **antibiosis** que el uno pierde, mientras que el otro ni pierde ni gana, menos de un lado, cero del otro; finalmente, el **mutualismo** o la **simbiosis** coloca más y más, en cada lado, los dos ganan juntos.

Y por fuera de balance: la **gracia** o la **gratuidad**.

Como Darwin había hecho sobre la clasificación de Linneo, hagamos de este cuadro una lectura evolutiva, desde la explotación, parasitismo o predación, hacia la simbiosis. Los estadios que tienen el signo menos revelan un real dinamismo.

Por la flecha simple y estable del parasitismo, el uno toma todo y no da nada, el otro da todo y no recibe nada. Entonces de tres cosas una: o el parásito mata a su huésped, pero entonces, arriesga con perderse él también, falto de hospedero; o el hospedero expulsa al parásito, Tartufo se reencuentra en la calle y tratará sus exacciones sobre otra familia, dado que la primera se ha salvado y queda vacunada; o, fatigados de sus riesgos mortales, los dos buscan la simbiosis. Por ejemplo, la mayor parte de los micro-organismos que permiten nuestra digestión, simbiosis de nuestro intestino, descienden directamente de parásitos infecciosos que mataron a cantidades de nuestros ancestros en el curso de terribles epidemias.

Viejas ya, mis lecturas de las *Fábulas* de La Fontaine, del *Tartufo*, de las *Confesiones* de Rousseau, de la historia de José, en la Biblia, siguen esta evolución.

A partir de la flecha simple del abuso y de sus dos consecuencias catastróficas, muerte o exclusión de los participantes, selección y mutación conducen poco a poco, bajo pena de muerte, a la tercera solución, a la simbiosis.

Cuando Lynn Margulis demuestra que el núcleo y otros organelas de los eucariotas vienen de la asociación simbiótica de dos procariontes; cuando Simón Schwendener descubre que un líquen resulta de un champiñón y de un alga, creo poder añadir que, pasado por innumerables muertos por infección en un estado parasitario previo, la selección natural terminó en la sobrevivencia de los que lograron la simbiosis, es decir un equilibrio en el intercambio. Por ejemplo el núcleo vive de la célula que sobrevive por él; el líquen sobre-vive de las dos vidas respectivas del champiñón y del alga. La constitución de los pluricelulares sólo se comprende si se sabe contestar la pregunta: ¿qué interés encontrarán las células asociándose, en lugar de comerse entre ellas? A medida que avanzo en este estudio, supongo la generalidad del paso del parasitismo a la simbiosis, paso en el curso del cual los compañeros encuentran interés en reorientar sus relaciones, tanto en la asociación, origen de nuevos vivientes, como por el origen mismo de la vida.

Un golpe más: entended por simbiosis una denominación del contrato o una manera de decir, contrato natural. Recordemos que el término contrato significa que dos personas, tirando juntos una misma carga, comparten la obligación o más bien la tracción. Pues, de forma completamente parecida, el conjunto de los equilibrios frágiles en los intercambios sociales viene de abusos previos sufridos de tales contratos. El nacimiento, a partir de la guerra, del derecho y de la asociación humana (en Hobbes, por ejemplo) sigue –al menos vagamente– un esquema del mismo género. Más antropológica y menos abstracta, por tanto más profunda y significativa, la Fábula de los *Miembros y del Estómago*, recuperada de Esopo y de muchos otros, por La Fontaine, expresa, desde hace milenios (sin duda antes de la escritura) el paso de ese proceso vital a las instituciones públicas. Cuando Tito-Livio (*II*, 32) hace que la recite Menenius Agrippa ante la plebe reunida para persuadirla de renunciar a la secesión, pone en escena propiamente el paso de lo biológico a lo político. En lengua francesa, el poema termina por decir de la función estomacal y de la grandeza real: “*recibe y da, y la cosa es igual*” (verso 25). Y esto para el colectivo.

Y ahora para cada uno de nosotros: dos veces huésped, para el padre y para el niño, la mujer da a luz, expulsando el feto cuya vida corría suavemente. Acostumbrado a recibir durante los meses intra-uterinos, y sin pagar de sí mismo alojamiento, calefacción y alimento, habituado a proseguir esta conducta luego del nacimiento, y a menos antes del destete, el bebé humano tiene necesidad de un largo aprendizaje para someterse a no seguir recibiendo sin nunca dar y

a dar cuando recibe. El comienzo en la vida no cesa de formar el carácter, de enderezar al parásito.

Desde entonces ¿cómo definir para el individuo la crianza o la educación, y para el colectivo, instituciones y política, en suma: la constitución de una sociedad humana? Por un conjunto de esfuerzos propios para enderezar, por medio de la doma y del derecho, la flecha del balance, para completar en doble esa flecha simple, asimétrica, cuya inclinación parece, paradójicamente, más estable que la horizontalidad. La rapidez con la que una persona o un grupo recaen en el equilibrio cuasi “natural” de las conductas de clientelismo o de gorrón, es el mejor testimonio de la dificultad que tuvieron para salir de allí. Un número sorprendente, aunque poco notado, de textos clásicos –*el Parásito* se sorprende de su abundancia y cita algunos de ellos– describen este proceso. Así, difícilmente los hombres entran en un sistema de intercambios más equilibrados. De ahora en adelante, lejos de aparecer como un dato, el intercambio mismo se construye con tanta lentitud como obstáculos.

Dios de los ladrones, por tanto del abuso, Hermes se vuelve, con la cultura, el de los comerciantes y de los traductores. Desde hace tiempos sospecho que él regula también las ciencias más duras.

Cuarto ejemplo de intercambio

La antropología nos arrastra a veces a lejanos viajes para hacernos descubrir culturas distintas de la nuestra, prejuzgada histórica. El racismo nunca cesa. No, el mal llamado primitivo se arrastra a nuestra puerta. Es suficiente con ver representar en el teatro a *Don Juan*, y casi todas las comedias de Molière; pero uno puede contentarse con ir al estadio el domingo, para comprender sin lenguaje.

En los deportes colectivos, el balón vuela de mano en mano. Los jugadores de fútbol, de rugby, de básquet, de tenis, lo golpean con frecuencia y se lo pasan entre ellos. Examinemos este paso. El medio campo lanza el balón a los pies del taconero, por encima de bóveda oscura de la lucha. Mientras tanto, manos en la cintura, las líneas de atrás miran, un poco como los espectadores en las graderías. El balón sale de la tercera línea, el medio campo abre, la bola vuela, todo el equipo entra en juego. Nadie es espectador, los de atrás se meten en el intercambio; entonces los asistentes, sin duda por sus neuronas espejos, entran en el mismo trance.

Este es el secreto de la participación del público; ve cómo la circulación comienza, asiste al encendido del lazo social que se traza en el intercambio de la pelota e inmediatamente se inflama. El nacimiento del colectivo se juega aquí mismo, en y por el intercambio de un *cuasi-objeto*, trazador de relaciones. Que ese ficho más tarde se llame dinero o símbolo, poco importa. El espectáculo

deportivo induce a los espectadores a ver vivir el lazo social que une su equipo primero, su propia colectividad luego.

Hace un rato distinguí el intercambio local de un átomo o de una partícula, y el intercambio global que complementaba la fotosíntesis de las plantas y la respiración de los animales. Así mismo acá, el balón vuela localmente, pero viven sobre todo la conexión que construye el equipo en tiempo real y el lazo-espejo que reúne a los hinchas de tal ciudad o de tal nación. En el espectáculo, transita un objeto, bien particular, otro inflado, más éste, muy nuevo: un intercambio de intercambios.

¿Cómo llamar al oficio de los que organizan tales espectáculos?

Intercambio de relaciones

Elementos, inertes, vivos, humanos también a veces, intercambian elementos, átomos, células, dinero y, de repente, crean entre ellos relaciones: simbiosis o contrato. El dinero no es completamente un objeto, sino el signo de una relación, uno de los cuasi-objetos del *Parásito*: balón en los juegos, hurón del Bois-Mesdames³... trazador de relaciones existentes ya, a veces institutor de nuevas.

Despegamos de los objetos, entramos en las relaciones. Muchos oficios de acá en adelante no tienen ninguna relación con ninguna cosa de ningún tipo, sino que tratan de relaciones. ¿A qué trabajo se entregan abogados, administradores, consejeros de todo tipo, DRH? No miréis ya el balón sino su trayectoria y el sentido de su recorrido. No evocéis más la relación padre-hijo, por ejemplo, nombrando los polos del lazo, sino el camino como tal. Este esfuerzo parece difícil; en la tripartición tradicional de las sociedades indo-europeas, sacerdotes, soldados, cultivadores, el mercader sigue siendo incomprendido porque pensar la relación exige un esfuerzo enorme. La filosofía de nuestros padres habla por sustantivos y verbos, ser y devenir, sustancia y atributos, existencia y moral, nunca por medio de preposiciones ni declinaciones. Ahora bien, mucho más frecuentemente nuestro nuevo mundo nace de intercambiar, y claramente más intensamente de las relaciones que de los objetos.

Algunos viejos oficios ya lo hacían; en materia sexual, el proxeneta, celebrado por el Sócrates del *Banquete* de Jenofonte, como modelo del filósofo, vende o intercambia lazos, e incluso favorece lo que se llama precisamente el intercambio, el de la *partouze* ' *swinger* o *swinging* ' de la novela de Goethe o de la pieza de Claudel; los oficios jurídicos, procurador, notario, jueces del tribunal, fiscales, tratan de contratos. Los seguros negocian la relación entre la vida y la muerte. La pelota se evapora y deja su sitio a su órbita.

³ 'canción infantil francesa: http://www.mamalisa.com/mp3/il_court_le_furet.mp3'

Los mercaderes jugaban el papel de intermediarios; entonces se crean intermediarios de intermediarios. Esos oficios nuevos se multiplican y se vuelven más poderosos; administración creciente que pretende lo complejo haciéndolo aún más complejo; diversos corredores, consejos en comunicación y en gestión; las nuevas tecnologías parecen realmente nuevas, pues si las antiguas técnicas permiten transformar objetos, los computadores aseguran conexiones y conexiones de conexiones; los *mass-media* y sus periodistas, aseguran la difusión; los espectáculos y los deportes producen la fusión... en suma, lo que hoy se llama: los servicios, agencia de viaje o de turismo, mejor aún: los oficios de los que se dicen que venden viento, venden relaciones o soportes de relaciones posibles.

Me voy a detener un momento en esta conexión precisa, antigua y moderna; a menudo se ofrece como etimología posible del término religión, el acto de religar. La sociología, hablando a este respecto de sí misma, evoca allá las relaciones de las personas entre ellas, y reduce así la religión a una función societaria. Pero además, se desarrollan las relaciones entre ese colectivo y su dios. ¿Qué hace el sacerdote en el transcurso de un rito? Asegura la relación entre los primeros y los segundos, entre inmanencia y trascendencia, re-liga las dos relaciones. El gesto ritual anuda al grupo y sus lazos inmanentes con los lazos trascendentes que lo fundan. "Lo que amarres o desates en la tierra será atado o separado en el cielo". La re-religión religa dos lazos, por esto sin duda su prefijo. Pero tenemos otra: que la niega neg-lige 'no-liga, descuida'.

En cuanto al teatro, al circo o al estadio, ellos proyectan las relaciones sociales sobre ellas mismas, de inmanencia en inmanencia, de los actores sobre la escena a los espectadores, de los quince jugadores de rugby a los diez mil aficionados. Producen lazo social al exhibir su estado corriente de conexión social, replegándola sobre sí misma o, en los buenos casos, alcanzando su origen. Es por esto que, en suma y después de todo, las religiones aseguran, por rito y espectáculo, la mediación social. Y sobre todo ved por qué los *media* de aquí en adelante las han sustituido; no leemos, no vemos, no escuchamos sino a sacerdotes.

Quinto ejemplo de intercambio

En unos funerales de un importante personaje, se apretujan la muchedumbre, los notables, el Presidente y el Primer ministro; ofician los sacerdotes; todos se alinean, se filan en gradación, del santuario hacia el atrio de la iglesia que revienta hacia la calle de papanatas. ¿Para qué sirve una ceremonia (palabra etrusca cuyo sentido ya no sabemos)? Para el intercambio de miradas. El pueblo decide mirar a los notables, y estos al Presidente, e inversamente. Todo el mundo verifica, actualiza y refuerza la jerarquía. El colectivo asegura su coherencia por la pega, inmanente, de la gloria.

Los sacerdotes aseguran las relaciones entre esta pega inmanente y la trascendencia. Sólo a ti Dios la potencia y la gloria. Ellos anunciaban antaño al Rey-Sol “Al que reina en los cielos”. El cadáver juega el papel de cuasi-objeto del día. Pero la pelota de hace un rato representaba ella también, la cabeza cortada de un enemigo. El cuasi-objeto de un espectáculo tiende siempre hacia el cadáver.

Ahora bien, en el coro, al lado de los sacerdotes y del Presidente, hombres de las cámaras y saltadores de pértiga absorben el acontecimiento, que sólo tendrá lugar verdaderamente en el momento en que millones de telespectadores vuelvan a formar el vínculo social a partir de las imágenes recortadas de afán por esos técnicos del espectáculo. Estos son los verdaderos oficiantes, los nuevos levitas. Ellos reemplazan a los antiguos, porque acabamos de inventar objetos técnicos cuya eficacia no toca el mundo objetivo de las transformaciones duras, sino al mundo colectivo de las metamorfosis blandas, de las máquinas de relación, de las máquinas de sociedad, mejor aún: de las máquinas de producir dioses. Por ellas y en ellas, intercambiamos intercambio social. La ceremonia no se desenvuelve tanto aquí, en esta catedral, para los algunos centenares de amigos del difunto, sino a mediodía en la cadena televisiva, para diez millones de telespectadores. Las mencionadas máquinas lo que han hecho es tragarse el ceremonial. Religiones y ritos se reúnen en un solo espectáculo. *Las máquinas de relaciones ponen en crisis a las religiones*. Estos nuevos oficios se aspiran todos los procesos de socialización, derecho, política, escuelas, deportes, espectáculos, relaciones sociales; por esto la crisis de las sociedades. No hay sino un ceremonial, el de los *mass-media*; y ese ceremonial tiende hacia lo cadavérico.

El mundo contemporáneo se construye sobre este modelo religioso-espectacular-ceremonial. La sociedad del espectáculo se vuelve de parte a parte religiosa. Fenómeno altamente arcaico, pero realmente nuevo; no nos damos cuenta sin duda hasta qué punto nuestra sociedad, intercambiando intercambios, reorganiza esquemas antiguos. Lo religioso no reside ya en las iglesias y los ritos, donde acostumbrábamos colocarlo, sino en los *media*. Vivimos sin saberlo en el politeísmo de los fabricantes sangrientos de la gloria.

Objetivación del intercambio y del vínculo

Repetimos sin parar como loras que el vínculo social se deteriora, que ya sólo cuenta el dinero. Eso fue verdad y lo sigue siendo en parte, puesto que, entre paréntesis, Auguste Comte inventó la sociología, contra le economicismo de Jean-Baptiste Say, por miedo de ver al dinero y a los intercambios económicos destruir la conexión social. Además él escribía que sólo los proletarios, las mujeres y los artistas la reconstruirían. Tenemos ya aquí a Marx, al feminismo y a lo que se llama hoy lo cultural, es decir: tenemos nuestra modernidad. Los buenos filósofos no son siempre los que más se cita.

Ciertamente, el lazo social se construye y se edifica aún por el intercambio de objetos, escogidos o especiales. Pero hoy lo construimos menos de lo que lo explotamos. Se vuelve la materia misma de los intercambios. Los programas de computación venden información y la posibilidad de conversaciones, en suma: relaciones en general; los teléfonos móviles venden lazo familiar; los *mass-media* ponen en escena el estado corriente del vínculo social y lo vuelven a pegar por medio de la violencia; el espectáculo deportivo nos hace gozar de su exaltación... programamos programas. Incluso las industrias llamadas clásicas, energía, petróleo, automóvil, las de los aviadores y de los lanzadores venden desplazamiento, duro o blando, de hombres o de información, es decir: todavía relaciones. Estos objetos técnicos no producen ni transforman objetos, sino que amasan y metamorfosean el lazo social, que se vuelve nuestra materia prima. Las cifras de negocios, enormes en estos dominios, testimonian su importancia. El intercambio fue un ejercicio y una práctica en que la sociedad se formaba sobre la circulación de objetos. Pero helo de aquí en adelante a él mismo objetivado. Al perder cada vez más al mundo y los objetos, las nuevas colectividades objetivan al colectivo.

He hablado *bajo*, *antes* y *después* de las teorías del intercambio. Sólo me queda mirar por fuera de ellas.

Primera excepción: congelar todo intercambio, inmovilizar toda circulación

Todo ocurre actualmente como si sólo existiera civilización gracias a estas circulaciones. Las teorías que cito sin desarrollar parecen tratar de un tiempo continuo que parte de las culturas tradicionales hasta las contemporáneas, como si el intercambio constituyera una componente inevitable de la vida en común, en el espacio del mundo y por un tiempo que supera incluso el de la historia.

Tratemos de falsarlas; ¿existe al menos una cultura que habría rechazado esta circulación? ¿Qué por tal o cual motivo, la habría congelado? ¿qué habría por sabiduría previsto los costos ocasionados por la aceleración y la generalización mundial de los intercambios: miseria de los tercero y cuarto mundos, destrucción de las finuras culturales y de las espiritualidades, reducción de todo vínculo con el dinero, en suma: lo que parece que está llegando hoy? No sabemos evaluar el balance global de una civilización, y mucho menos el de la nuestra. Pero se puede imaginar que haya habido sabios que lo hayan intentado, por tanto que hayan previsto esos resultados y rechazado este modelo. Evoquemos esta hipótesis, quizás imaginaria.

¿No tenemos ante nuestros ojos diez testimonios de una tal decisión? Enceguecidos por esta idea inevitable, no los vemos. Supongamos, repito, que haya *culturas que han soñado con una anti-circulación y que, para realizar dicho proyecto, hayan integrado la suma de todos sus valores financieros, científicos,*

técnicos, de mano de obra y de genio, humanos, estéticos, espirituales... y ¿que los hayan congelado en un tesoro inmóvil, imposible de intercambiar?

París construyó Notre-Dame, Egipto las Pirámides y el Imperio khmer Angkor. ¿Qué es una catedral? La integral de todos los valores posibles, de dinero, de materias preciosas, de saberes, de genio inventivo, de arquitectura, de técnicas, de belleza, de relaciones que hayan podido circular, de acá en adelante congeladas para siempre, petrificadas para la más grande gloria del Ausente. En Beauvais, Burgos, Chartres, Amiens... la Edad Media sembró a Francia de eternidad.

Leed en esos edificios algún don a la Divinidad, algún tributo dirigido hacia la Trascendencia, pero también la consagración de la totalidad social estructurada constantemente para el intercambio; no un porcentaje de ella misma, sino su propia globalidad ofrecida sin residuo.

Ahora bien pues, ¿podremos intercambiar estas cosas que en otra parte he llamado *objetos-mundos*? ¿el conjunto de Internet, la red de satélites que le dan la vuelta a la Tierra y por el sistema solar, el stock de las bombas termo-nucleares y los residuos de las centrales?

Segunda excepción: descubrimiento de la piedra filosofal

Sócrates y otros filósofos tras sus pasos condenan el pago de los bienes intelectuales porque, dice Aristóteles en sus dos *Éticas*, el *logos* verdadero no tiene común medida con ninguna otra cosa. Por otra parte el cristianismo llama simonismo a semejante pecado de vender lo espiritual contra bienes temporales. No conozco que se haya demostrado alguna vez una tal interdicción. Sin embargo vamos a presentar una demostración rigurosa de ello.

Al dibujar las Gracias desnudas, diez artistas pintan la belleza de su cuerpo y el encanto de sus gestos; pero ¿olvidan el sentido de tal desnudez? En su tratado sobre *las Buenas acciones*, Séneca se irrita con cualquier otra interpretación del mito. Y sin embargo: la manzana que se transmiten de mano en mano, en tres gestos simbólicos, las Tres Gracias de Rafael por ejemplo, muestra, como su nombre lo indica, la gratuidad del intercambio. De que un fruto se regale, de que se lo pase, de que la persona de partida lo reciba sin cambio, viene la suma nula y desnuda.

Hagamos variaciones: tiene mantequilla, yo dos euros; te la compro; al final del intercambio tú tienes dos euros y yo mantequilla; todo termina nuevamente en lo que se llama la suma nula o equilibrio. Pasando de este ejemplo simplemente cruzado a casos cada vez más complejos y concretos, la economía desde Walras, escribe ecuaciones cuya posibilidad racional depende de ese equilibrio. Hace un rato, las constantes universales, de energía por ejemplo, daban su condición de racionalidad a las disciplinas físicas, pues ellas aseguraban a la vez

el equilibrio y las ecuaciones, por tanto la escritura misma de esta racionalidad. De cierta manera, sólo hay ciencia por ellas.

En las ciencias llamadas duras, precisamente, el milagro o la absurdidad del movimiento perpetuo marcan la imposible excepción a las leyes que garantizan esas constantes; no podemos recuperar los residuos de su combustión para relanzar indefinidamente un motor. Él se detiene. Aunque en economía y, en general para todas las ciencias humanas, no hayamos encontrado todavía constantes de este género (sin duda que esta es toda la diferencia entre estos dos tipos de saberes, aunque a veces se me ocurre pensar que existe una suma estable de violencia en los colectivos humanos), la condición *sine qua non* de la racionalidad de una teoría del intercambio sigue siendo este equilibrio.

Ahora bien, tenemos acá una segunda excepción: si tengo el teorema de Pitágoras, y yo te lo enseño cuando tú no lo conoces, tú lo ganas, y yo lo conservo. Al momento del balance de este intercambio, los dos lo tenemos; yo me beneficio incluso de un margen: cuando lo expliqué lo comprendí mejor. Aquí la suma aumenta tanto como se lo quiera puesto que cada uno, luego de haber recibido esta verdad, puede rehacerle la misma demostración a otros. Más de constante, más de suma nula, más de equilibrio. Este es el movimiento perpetuo, no solamente posible sino realizado todos los días. El intercambio conduce a una creación *ex nihilo*.

Emancipada así de tener que someterse a una ecuación racional, la pedagogía utiliza piedra filosofal en el intercambio; lo cambia todo en oro, puesto que la suma allí siempre crece. Milagro de gratuidad, excepción a toda regla de intercambio, el don del saber verdadero no puede tener precio, en el anida la gallina de los huevos de oro, porque escapa al equilibrio. A mi saber y entender, nadie hasta ahora señaló esta demostración por su crecimiento gratuito e indefinido. El error de Aristóteles y sus continuadores, consiste en evaluar los bienes intercambiados en sí mismos, mostrar su inconmensurabilidad, para no hacer intervenir, en los objetos mismos, los sujetos concernidos, mientras que la demostración en forma se sigue del sólo funcionamiento del intercambio y de sus resultados; pensar la relación como tal sigue siendo difícil.

La Escuela muestra pues en tiempo real una ley contraria a la enunciada por Hermes, ley del comercio, de la bolsa, de la banca. El Saber le saca la lengua a la Economía.

Regresemos al Amor, otra relación graciosa. En una de sus últimas fábulas, *Filemón & Baucis*, La Fontaine (a partir de Ovidio) celebra la fidelidad de estos dos viejos. Disfrazados de viajeros, una vez más Hermes, acompañado de Zeus, le hacen visita a su casucha, aislada en lo alto de una colina desde donde se ve la ciudad, sus intercambios y costumbres, avaros y crueles. La pobre pareja

invita a estos paseantes con prodigios de hospitalidad, inconsciente de estar festejando sus bodas de oro con dioses, ocultos. Entonces, se hace evidente el milagro: en momento de ofrecerles de beber el vino ordinario puesto en la copa de cristal, *entre más se volteaba el vaso menos se iba vaciando* (verso 73). Provocando al dios del intercambio, el amor hace reaparecer la creciente sin constancia ni agotamiento; movimiento perpetuo o piedra filosofal.

Descubierta finalmente, la mencionada piedra existe, demostrablemente milagrosa: el crecimiento indefinido. Sus improbables propiedades abren a adquisiciones que un equilibrio no exige pagar; únicos reales progresos de las sociedades humanas. ¿Distingue ella las cosas duras, de la verdad libre, suave?

Ama, enseña, cambiarás todo en oro.

Metafísica

Este descubrimiento importa más de lo que parece. Volvamos al hecho de que las ciencias duras tratan de fenómenos ligados a las constantes que hacen posible su racionalidad, el hecho de poderlos escribir en ecuaciones matemáticas y que instauran, de repente, límites como la absurdidad del movimiento perpetuo. Tenemos aquí bien definido el mundo, coherente y riguroso, de la necesidad.

Desligados de esas constantes, desequilibrados pues, los fenómenos humanos no accederían para nada a la misma racionalidad; no podrían tampoco escribirse por medio de las matemáticas, pero, en desquite, libres de la necesidad, franquearían las prohibiciones marcadas por los equilibrios y las constantes inertes; entrarían entonces en el movimiento perpetuo. Liberados de constreñimientos como aquel de los principios de la termodinámica, hundidos en la nequentropía, helos aquí, bien naturalmente, en libertad, en creatividad, en progreso continuo posible.

Sobre esta comparación, completamente física, con los fenómenos llamados naturales, se lee la metafísica en su acepción elemental, puesto que se sabe entonces lo que significa el prefijo *meta*: el límite trazado por las constantes y los equilibrios correspondientes. Residiendo más allá de esta frontera, nosotros los hombres habitamos la metafísica, por fuera de la necesidad.

¿Cómo puede ocurrir entonces que por estupidez, mala voluntad, violencia y crueldad, nosotros no hagamos de esta casa, *naturalmente milagrosa*, el Paraíso en la Tierra?

Gracias por haber leído estas páginas. La alegría melancólica inducida por el descubrimiento de la piedra, me es suficiente como salario.

Sobre el intercambio/don, para Anne Carvalo, Louis-le-Grand, enero de 2003.